

Nº 547  
23  
Noviembre  
2021  
Martes



## La información efímera

Gerardo Hernández

**P**arece que, en la práctica, se confirma ese principio de que lo que no sale en los medios de comunicación, es que no ocurre. Y nos viene a la memoria este dicho pensando en lo que, por ejemplo, ocurre con Afganistán.

Hace unas semanas el triunfo de los talibanes, su ocupación de Kabul, los miles de personas tratando de salir desesperadamente del país y lo que se presumía que les podría ocurrir allí a las mujeres, eran titulares en los periódicos y en las noticias de la televisión.

Sin embargo, todo aquello ha desaparecido de la atención pública y ya parece no interesar a nadie cuál es el proceder de los nuevos dueños del país y



de la situación de las mujeres afganas. ¿Es que hay intereses políticos o económicos que conducen a esos «olvidos» o es que, realmente, ya no nos importa lo que está pasando en aquel país que ya se nos antoja lejano?

En nuestros periódicos y telediarios se sigue escribiendo y hablando del coronavirus, pero, a veces, da la sensación que nos limitamos a una mera enumeración de cifras y que no se trata de seres humanos. Ya han pasado a la historia aquellas imágenes terribles de los afectados en la India esperando dentro de sus coches o, simplemente tendidos en el suelo esperando al hueco dejado por un fallecido en el hospital para ser atendidos o utilizando por turnos, en la calle, las bombonas de oxígeno. O los campos inmensos de sepulturas abiertas en Perú para dar cobijo a tantos muertos. ¿Es que eso ya no ocurre o es que otras noticias han desplazado a esas escenas, que eran, y suponemos que deben de seguir siéndolo, una triste y dolorosa realidad? ¡Con qué facilidad pasamos página!

Pues sépase que al día de hoy en la India hay cerca de 48 millones de contagiados con más de 465 mil fallecidos, que en Brasil los contagiados superan a

los 22 millones y son más de 613 mil las bajas mortales y que Perú tiene la tasa más alta de mortalidad (608,9) por cada 100.000 habitantes.

Aparte, los Estados Unidos de América del Norte encabezan esta triste estadística con cerca de 48 millones de casos y 789.164 defunciones mientras que, pese a todo, España sigue siendo uno de los países con más casos y fallecimientos con COVID-19 del planeta (182,4 por cada 100.000 habitantes).

Las desgracias humanas, si nos pillan lejos, ya casi no nos conmueven. Resulta penoso comprobar con que casi indiferencia se han contemplado en los telediarios, mientras sorbemos la sopa, las escenas de miles de emigrantes, a la intemperie, empujados por el Ejército de Bielorrusia por orden de su gobierno, hacia la frontera de Polonia, guardada por tropas polacas, con la aviesa intención de presionar a los países europeos en aras de unos intereses políticos o económicos utilizando a esas personas. Y



como, con la misma frialdad, al no conseguir sus objetivos, se desalojan esos campamentos a lo largo de su frontera con Polonia y según parece, sus ocupantes son devueltos a sus lugares de origen. ¿Es esto o no «traficar con personas»?

En nuestro mundo, ¿qué ha sido de esos valores de la

civilización occidental y cristiana de los que, no ha mucho, nos gloriábamos y hacíamos alarde y que para muchos de nosotros eran normas esenciales de conducta?

Son muchos los hechos y acontecimientos que en la actualidad podrían ser traídos aquí como muestra o referencia. Uno más sería lo que está ocurriendo en la isla de La Palma. A veces da la sensación de que nos hablan de las «coladas», que siempre han sido «riadas de lava» y a las que ahora parece que se les aplica aquello de «el vino de Tudela / según dice mi abuela / es algo que se cuele, que se cuele sin querer», como si se tratara de fenómenos meteorológicos al dar la previsión del tiempo no dando al drama humano que supone el desalojo de miles de personas de sus casas la dimensión que le correspondería. Mientras unos pierden sus casas y todo lo que tienen, en medio de un futuro incierto, otros, con aire festivo, van en un tour turístico para hacer fotografías al tiempo que, quizá con el ánimo de engañarse a sí mismos dicen que es para «contribuir a la economía de la isla».

¿Cómo se hace realidad esa contribución? ¿con siete visitas del presidente del gobierno prometiendo ayudas millonarias de las que los presuntos destinatarios dicen no haber recibido todavía ni un céntimo?

Mientras tanto, el gobierno de España está ocupado y preocupado en otras trascendentales inquietudes encaminadas al bien supremo del pueblo español (de la ciudadanía, que dicen), como son el cambio de denominación del Valle de los Caídos, la desacralización de la Basílica allí ubicada o su

«resignificación», ocurrente palabreja para referirse a algo que no es sino un alarde de revanchismo sectario o de odio visceral para buscar la tergiversación y la manipulación de la Historia y el adoctrinamiento tendencioso de las nuevas generaciones lejos del análisis objetivo y riguroso de los historiadores. ¿Es esto o no un «delito de odio»?

Lo triste quizá sea que cuando se produzca un cambio en el gobierno, quienes vengan puedan dejar así las cosas, no derogando estas disposiciones pues, como en otras ocasiones, ya hay precedentes. Y esa es una baza con la que juegan quienes proceden como está ocurriendo ahora.

\* \* \*

## Retorno a lo esencial

Ángel Pérez Guerra

**M**ucho se ha escrito –y lo que te rondaré, morena, con permiso de las Montero– acerca de las consecuencias virtuosas que la primera epidemia global puede tener para todos. Como desafortunadamente señaló el Caudillo días después del atentado que costó la vida al almirante Carrero Blanco, «no hay mal que por bien no venga». Sus palabras seguían la senda de misterio que a menudo encerraban, pero lo cierto es que aquello sólo cabía atribuirlo al nombramiento del sucesor en la Presidencia del Gobierno, nada menos que quien había sido hasta ese momento ministro de la



Gobernación, es decir responsable de la seguridad del presidente. Recuerdo bien a mi padre, franquista acendrado, comentando en voz alta que aquello resultaba incomprensible.

Lejos de mi intención revestir estas líneas de calculada ambivalencia. De sobra sé que el Coronavirus no admite inter-

pretaciones que minusvaloren su maldad. Pero con todo y con eso, creo que al menos un efecto positivo sí cabe encontrarle, y es haber conducido a la Humanidad desarrollada, tan pagada de sí, al callejón sin salida de la vuelta a lo esencial. Puede que fuera de nuestras fronteras, que siguen existiendo, sea distinto, no lo sé. Pero lo que es en esta España malcriada que hace tiempo olvidó de dónde viene y en la que ahora algunos intentan borrar su memoria para que nunca lo recuerde, necesitaba un zamarreón de primera clase. Desgraciadamente, la enfermedad se ha llevado la vida y la salud de muchos españoles. Siempre demasiados. Ahora toca afrontar un panorama económico que nos va a afectar a todos si es que no nos sume en la desolación. Se alían los factores internacionales, globales otra vez, con los autóctonos, que nos sitúan ochenta y tantos años atrás, pues desde entonces no padecíamos un Gobierno social comunista con apoyo separatista. Es como si los hados estuvieran refocilándose con nuestro sufrimiento, y lo cierto es que los indicadores

socioeconómicos dibujan un panorama que es cualquier cosa menos halagüeño, aunque los partidarios del optimismo mágico se empeñen en culparnos de todo a los agoreros entre los que me encuentro. Justo cuando Austria prepara a su población para un apagón general de larga duración, la pandemia renace haciendo temblar a los sanitarios que miran a Inglaterra y su variante «Delta Plus», y el G-20 sólo se preocupa de recaudar más y contaminar menos, moviéndose, eso sí, en interminables caravanas de vehículos blindados y cientos de aviones jet, aquí en España, con la electricidad por la nubes y una guerra entre vecinos de los que nos viene el gas a la vuelta de la esquina, con la inflación desatada y las familias a los pies de los caballos, ¿qué le preocupa a nuestro Gobierno? Lo ha dicho en la tribuna del Congreso «la chiqui»: la ultraderecha, impedir que gobiernen en institución alguna de las muchas con las que los presupuestos riegan a la legión de militantes, simpaticantes y votantes que las ocupan o dependen de ellas.

Si recopilásemos en un catálogo la sarta de memeces en las que se va el dinero público, el chorreo de sueldos para cargos designados a dedo y las plantillas de enchufados en chiringuitos inútiles –sólo en Andalucía son 32.000, según ha reconocido recientemente la Junta, incapaz de acabar con la «paralela» heredada de sus antecesores– tendríamos ante nuestros ojos un inmenso disparate. Ahora, lamentablemente, la epidemia nos obliga a apretarnos el cinturón y ponernos las gafas de ver. Habitados a un bienestar sin base real, habremos de renunciar a muchas cosas, es cierto. Pero tarde o temprano –¿queda tiempo?– las autoridades, los partidos, los candidatos electorales tendrán que arrojar al cesto de los papeles su demagogia, tan cara, y centrarse de nuevo en lo básico, en lo imprescindible, en el gran orillado de nuestra sociedad autocomplacida: el sentido común.



Guste o no, actualmente –no sé mañana, claro está– en España sólo queda una fuerza política con amplia representación parlamentaria dispuesta a acabar con este estado de cosas. Hasta hoy, los discursos no parecen haber convencido a la mayoría de que con los modelos de gasto público y las políticas de prioridades falaces con las que hemos llegado hasta aquí no hay nada que hacer. A la fuerza ahorcan, señala el acre apotegma popular. Si los gobernantes se niegan a volver a la austeridad, será el paisaje creado por el Covid el que la imponga, sin dañar a la libertad, pero recuperando un valor hasta hoy sepultado bajo toneladas de sentimentalismo: la lógica. No es casualidad que entre unos y otros quieran condenar a la Filosofía, como a la Lengua, al desván de los juguetes rotos, y así que nuestros escolares, universitarios y profesionales del mañana, sólo entiendan –y a medias– de Matemáticas aplicadas a la Informática. Como autómatas robotizados.

\*\*\*\*

# Ganar la batalla, perder la guerra

Jesús Cacho (Vozpópuli)

**E**l jefe del Partido Comunista y secretario de Estado para la Agenda 2030 del Gobierno Sánchez, Enrique Santiago, pedía el viernes muy alarmado a los trabajadores del metal de Cádiz que no se manifiesten, que no salgan a la calle, que se quedan en casa, por favor, que gobierna la izquierda, diantre, y dónde se ha visto que un obrero como Marx manda se rebelde contra un Gobierno de izquierda, y no un Gobierno de izquierda cualquiera, no, sino un Gobierno social comunista, el único Gobierno de UE con comunistas dentro, de modo que un obrero con conciencia de clase está obligado a cruzarse de brazos y aceptar su suerte, los del Metal de Cádiz y los de esos sectores que han anunciado manifestaciones en los próximos días y semanas para denunciar su precariedad laboral y económica, que se aguanten, coño, que sí, que sabemos que les sobran razones, pero manifestarse cuando



gobierna la izquierda es de obreros fachas dispuestos a desgastar a Sánchez y su banda y a servir de coartada a la derecha.

Un discurso que por manido suena tópico, pero que en boca de un miembro de este Gobierno resulta de una obscenidad inusual y viene a demostrar que esta gente no solo ha perdido el juicio sino también

la vergüenza. Esto no da más de sí. Los costes de producción no dejan de aumentar, la inflación rebrota con fuerza y el crecimiento se torna raquítico cuando cabía esperar un auténtico boom a tenor del retroceso ocasionado por la pandemia. Y al Gobierno Sánchez ya no le basta con tener a los sindicatos mayoritarios enchufados a la teta del Presupuesto y con mando en plaza. Ni CCOO ni UGT parecen dique suficiente para frenar la marea de indignación que sube calle arriba. Esto, en efecto, no da más de sí. El precio de la luz, el coste de los carburantes, la inflación, el paro... A los trabajadores del metal se unen los transportistas, que han anunciado paros para esta Navidad que podrían llegar a bloquear el país; también los agricultores y ganaderos, castigados por una subida de sus inputs que convierte en ruinosos campos y granjas, por no hablar de las fuerzas y cuerpos de Seguridad del Estado dispuestos a salir a la calle para protestar contra una reforma de la llamada «ley Mordaza» de inconfundible sabor izquierdista, que dejaría a los agentes indefensos ante los bárbaros habituales prestos a hacer mangas y capirotas con la ley y el orden.

Muchos de los sectores económicos no expuestos al férreo control de los liberados sindicales, en buena parte sometidos a una tensión insospechada tras la dureza de la pandemia y en muchos casos abocados a la quiebra, tienen

motivos más que sobrados para la protesta. Casi todos enfrentados a un horizonte incierto. Hartos de un Gobierno tan sectario como ineficiente, cuya regla de oro consiste en tirar del gasto público para tratar de solucionar todos los problemas. Pero no hay alpiste para tanto gorrión. El consenso de los economistas sostiene que el crecimiento del PIB para el año en curso no irá más allá del 4,5%, muy lejos del 6,5% previsto en los PGE, un abismo de dos puntos



que tendrá su traducción en los ingresos fiscales y naturalmente en el déficit, en el enorme agujero que está engendrando este Gobierno manirroto. En consecuencia, la deuda pública no deja de crecer, y todo lo fía Sánchez a unos dineros que la UE ha prometido regalarle y que no acaban de llegar, unos dineros gratis total sobre los que sigue reinando el mayor secretismo y que, de llegar, lo harán

con cuentagotas y en cuantía inferior a la prometida, porque están sujetos a una condicionalidad que este Gobierno arrastrado no es capaz de cumplir por incuria, por desconocimiento de la materia o por simple sectarismo ideológico.

Una situación que empieza a ser desesperada. De hecho, gente importante hay en el mundo de la empresa que empieza a sugerir estos días que España ya está atrapada en alguna suerte de intervención por las autoridades de Bruselas, que España ya está de facto intervenida, juicio que basan en la tardanza en llegar de esos fondos y de los compromisos contraídos por el Ejecutivo con la Comisión, cuya expresa literalidad, más allá de lo conocido esta semana, el Gobierno se niega a hacer pública. Las esperanzas que el aventurero que nos gobierna tenía puestas en esos dineros caídos para apuntalar su poder, se van disipando. Esto, conviene reiterarlo, no parece dar más de sí.

Es en estas circunstancias cuando lo que está ocurriendo en el PP cobra todo su dramatismo, toda su trascendencia. Porque, cierto, sabemos que este es el peor Gobierno de la democracia, peor incluso que el del Zapatero y no digamos ya el del inane Rajoy. Sabemos que la etapa Sánchez tendrá un alto coste en términos de calidad democrática y de deterioro económico, pero esa herida podría y debería ser asumible si en el horizonte temporal la ciudadanía contara con la referencia de una alternativa clara, un liderazgo de centro derecha liberal capaz de alimentar la esperanza de un cambio de rumbo a plazo fijo, capaz, llegado el momento y tras las correspondientes generales, de arreglar los entuertos dejados por este salteador de caminos y proponer al país una serie de cambios en profundidad capaces de enterrar de una vez el pasado y embarcar a España en la carrera por el futuro.

Esa esperanza se ve hoy cortocircuitada por la brutal pelea de egos que está teniendo lugar en el PP, por el choque de protagonismos que enfrenta a la sede de Génova con la Puerta del Sol, una refriega imperdonable por estulta e injustificada. La incredulidad por lo que está ocurriendo alcanza visos de

desesperación entre los naufragos de la España liberal, al punto de que será difícil encontrar un solo votante del PP que no se muestre escandalizado ante lo que los medios relatan todos los días. Porque la situación no puede ser más crítica. Esta misma semana, el Gobierno social comunista se ha encargado de recordarnos su verdadera condición al sacar a relucir la Ley de Amnistía de 1977 y los crímenes del franquismo, para tratar de acallar el rumor creciente de las protestas de quienes no pueden más y marchan calle arriba dispuestos a salvar del naufragio su medio de vida y el de sus familias. Alguien ha escrito que Sánchez ha vuelto a echar mano del «comodín del 36» para infundir miedo.

El conflicto no solo desacredita al PP como eventual alternativa al PSOE, es que refuerza al Gobierno Sánchez, da aire a quien se está ahogando, abre una ventana de oportunidad al callejón sin salida en que él solito decidió encerrarse el día que optó por



uncir el yugo que los enemigos de la nación de ciudadanos libres e iguales le ofrecieron. Es Casado y su gente quien regala a Sánchez el argumento del «yo seré malo, pero el que aspira a sucederme es peor». Y, en efecto, ¿cómo confiar en que la actual cúpula de Génova pueda ser

la solución al drama, inmersa como está desde hace semanas en una batalla sin cuartel con los cuchillos cachicuernos de los celos más enfermizos? Diversos grupos económicos han remitido estos días a Casado un mensaje claro: «Pablo, arréglanos de una vez lo de Madrid, porque esa pelea no solo te hace daño a ti y a tu partido, sino al país entero, hipotecando un futuro que no tienes derecho a poner en peligro». El palentino, sin embargo, sigue aparentemente preso de los compromisos contraídos con su «consejero delegado», aun a riesgo de que el Consejo de Administración de España S.A, decida un día no lejano mandar a ambos a la calle con una patada en el culo.

Y no se trata de imponer el principio de autoridad, tampoco de saber quién tiene o no razón, cuestión que debería dilucidarse a posteriori; se trata de que hay asuntos de tanta trascendencia para el futuro de España que perderse en los vericuetos de una pelea de gallos más que un error es un crimen. Lo dijimos aquí semanas atrás y lo volvemos a repetir con el máximo respeto y en la determinación de no volver a insistir (una y no más, Santo Tomás): Pablo, desde el afecto personal, desde el respeto que merece tu dedicación, tu bonhomía y tu capacidad de trabajo, debes poner fin a este dislate y cambiar el rumbo hacia el único norte que hoy importa a la España liberal: el de cuadrar un proyecto ganador capaz de devolver la esperanza a millones de españoles. No empees tu futuro en esta absurda escaramuza. Porque, si al final logras «matar» a Ayuso, ganarás una batalla pero seguramente perderás la guerra.

\* \* \*

# Dueños del mundo

Juan Manuel de Prada (*XL Semanal*)

**C**on la pretendida intención de «adaptar el sistema educativo a los retos y desafíos del siglo XXI», nuestros pródigos gobernantes se disponen a introducir nuevas asignaturas en la enseñanza secundaria, entre las que se hallan «Educación en valores cívicos y éticos», «Digitalización» o «Economía y Emprendimiento», todas ellas además abordadas con «perspectiva de género».

Naturalmente, a nadie se le escapa que estas presuntas asignaturas aspiran a moldear conciencias. Decía Leibniz que «el dueño de la educación es el dueño del mundo». En una correcta interpretación de la frase, todo sistema educativo sano debería esforzarse por hacer dueños de la educación a sus



destinatarios, que serán quienes mañana tengan la responsabilidad de guiar el mundo. Pero es achaque de todas las tiranías que en el mundo han sido erigirse en dueñas de la educación; precisamente porque saben que, al arrebatarse el control sobre la educación, se aseguran el control sobre el mundo. La fractura de la educación nace cuando el poder establecido, en su afán por adueñarse del mundo, viola el derecho que asiste a los padres para elegir la educación que desean para sus hijos. El poder establecido no está hecho para ser pedagogo, sino para asistir y estimular la pedagogía; no está hecho para ser dueño del mundo, sino para garantizar que quienes son sus legítimos

dueños lo sean de forma efectiva. Cuando el poder establecido, en su pretensión monopolizadora, aspira a convertirse en dueño de la educación, no hace sino incurrir en una tentación totalitaria.

Y esa tentación totalitaria se muestra de modos muy diversos; el más sibilino de todos ellos consiste en hacer ininteligible el mundo, o en ofrecer una interpretación sesgada del mundo que satisfaga sus intereses. Una de las fallas más preocupantes de nuestro sistema educativo atañe, precisamente, a la sustitución de un saber que proporcione un conocimiento en profundidad del mundo por un saber puramente utilitario («Digitalización», «Economía y Emprendimiento»), cuando no por el puro adoctrinamiento («Educación en valores cívicos y éticos»). Así debe explicarse el menoscabo que, desde hace ya demasiado tiempo, sufren las Humanidades. Sólo el conocimiento del pasado permite una mirada comprensiva sobre la realidad presente; cuando ese conocimiento del pasado se escamotea, la realidad presente se convierte en un carrusel aturridor. Cuando ignoramos nuestra genealogía cultural, nos convertimos en seres desvalidos arrojados a la intemperie; y nuestra fragilidad, nuestro desconcierto ante un mundo que no alcanzamos a comprender, nos



hace también más fácilmente manipulables. No se puede avanzar en el conocimiento de la realidad, no se puede establecer un contacto comprensivo con esa realidad sin unos cimientos que nos aporten una idea sobre su significado. Y esos cimientos los proporcionan las Humanidades: la Historia, el Latín, la Filosofía no son meros ornamentos educativos; son la entraña misma de la educación. Cuando esa entraña se vacía, la realidad a la que pertenecemos, la realidad de la que procedemos, se torna incomprensible; y, desvinculados de esa realidad, nos convertimos en átomos perdidos en la inmensidad de un vacío que no pueden llenar otros conocimientos supletorios, mucho menos forzadas disciplinas concebidas con un inequívoco designio adoctrinador.



Resulta sumamente revelador que el ocaso de las Humanidades coincida con el advenimiento de estas nuevas disciplinas utilitarias o adoctrinadoras. Y es que, cuando previamente se ha arrebatado el sentido del mundo a quienes deberían ser sus dueños, es preciso inculcarles un sentido nuevo o inventado. A quien ignora la Historia es mucho más fácil

adormecerlo con leyendas; a quien desconoce las corrientes filosóficas que han permitido la configuración del estatuto humano es mucho más sencillo imbuirlo de paradigmas culturales de nuevo cuño. Y, en fin, a quien le ha sido arrebatada la posibilidad de construir su visión del mundo sobre los cimientos que proporcionan las Humanidades resulta mucho más practicable convertirlo en víctima de la «homologación gregaria» propia de cada época. Una educación que arrincona las Humanidades es una educación expropiadora, que condena a quienes deberían ser dueños del mundo a la condición de náufragos, arrojados a la vorágine de mil fuerzas externas –tendencias, modas, inercias– cuyo común denominador es la alienación.

Y así quienes tendrían que ser los legítimos dueños del mundo se convierten en esclavos del poder establecido.

\* \* \*